



“El ayer me ha enviado una carta”, obra al lápiz de Carlos Balaguer.

(Fragmento de la novela: “Si la Muerte nos dejara otra Primavera”. Editada en la Dirección de Publicaciones, 1980).

Lucio estaba frío y hediondo a cripta. Las puertas colgaban de sus goznes, chillando con la brisa, y la hierba barrasca creciendo sobre los ladrillos y marmolines. El traspatio, cerrado por un agreste montarrascal. La ceniza quietud bajaba desde una alta y seca ramazón.

Sintió llover y buscó abrigo en algunos cuartos sobrevivientes. Entonces dio con la antigua salita en la que flotaba el querido hedor de las reminiscencias. Se sentó sobre un destruido sofá, con la pelusa y el algodón bro-

Esther lo contempló profundamente, aceptando cada una de sus palabras. Le arregló el dormitorio de doña Laura Iturbides. Ella siguió durmiendo con Dolores. Pero el amor iba creciendo y un buen día Lucio llegó resuelto hasta su dormitorio. Esther lo vio cruzar el marco claro de la puerta y sintió que se ahogaba. Salió huyendo entre la obscuridad, dejando a Dolores dormida entre las sábanas. No durmió toda la noche oyendo el gruñir y el jadeo de la muchachita, revolcándose en la cama con el hombre. Esther contuvo callada sus incontables espasmos; vino a su memoria otra

“Los funerales de la estrella y el polvo”

tándole de dentro.

Después de varias semanas de paciente labor, la casa —con la ayuda de algunos obreros— quedó un tanto restaurada. En una cómoda sellada encontró documentos, papeles, cartas, las escrituras de la casa y un testamento. En las fotos antiguas asomaban las siluetas de la familia inmersas en la pérdida. Dolores, Toña, Esther con un gato en las piernas; Gaviota vistiendo el uniforme de la Escuela Militar; Sósimo y un penumbroso montón de vidas borrosas y cansadas, detenidas en el óxido y las sales de plata descompuestas por la edad.

La lluvia volvió a caer sobre aquel patio y las ranas asomaron desde dentro de la tierra con su cara cósmica croando los ecos de una historia lejana. El visitante se sintió perturbado.

—Polvo somos y en eso se convertirán hasta la estrella y la mierda: los pájaros y los rosales. Sólo nos pertenece este único instante en que Dios nos permite asomar al amor. Mañana, esto habrá desaparecido, comprende, y nosotros volveremos a alejarnos, sin volver a cruzar los mismos umbrales...

violenta escena en el comedor de la casa y los aullidos de unos perros que se iban al cielo. Pasaron más de una semana sin salir del cuarto. Hasta que un día, despertaron de aquella fiebre.

Una tarde de crepusculares gaviotas, en la merienda, Lucio explicó a Esther que sólo había sido cosa del deseo, y le pidió que lo aceptara, pues no podría amar a nadie más que a ella.

Esther siguió rechazándole hasta aquella madrugada en que el enamorado, convencido de la inutilidad de su romance, fue a despedirse de ella.

—Vengo a despedirme. No quiero que la pobrecita Dolores me vea partir. Tú bien sabes que nunca la podré amar, como ella espera.

Esther sintió algo feo y, ciega de desdicha lo abrazó fuerte, entregándosele en forma desesperada, ya que sabía definitivamente que esa era la definitiva separación. Aquellos momentos bastaron para que ambos vieran en la cama una felicidad pura y auténtica; sin dobleces; exacta. Aunque Lucio tuvo que partir. La autoridad comenzó a registrar las casas del barrio y hombres armados vigilaban los alrededores.

—¡No puedo separarme de ti, Lucio! Este amor dentro de mí es más grande que todo junto.

Se fundieron en la entrega casi sollozantes.

Pero era demasiado tarde. En esos momentos los soldados de Gaviota golpearon la puerta de entrada. Quedaron atentos, oyendo sobre el portón el golpe seco de los rifles. Dolores llegó angustiada hasta ellos.

—¡Soldados, quieren botar la puerta!

Con una deshabitual presteza, el perseguido cargó su revólver. Las mujeres pusieron trancas, pero los soldados entraron de todos modos por la puerta del traspatio. Erán tres, armados; pero sin quererlo quedaron atrapados, pues el patio estaba cerrado por tapiales de donde no iban a salir nunca. No duró mucho el tiroteo.

—¡Vete amorcito! —dijo Esther a Lucio—. Nos reuniremos después cuando todo se aquiete. Dolores y yo enterraremos sus cuerpos en el jardín de los rosales.

Oculto en el alba, Lucio desa-

pareció para siempre de los ojos de Esther que comenzó a ver turbio. En la prisa con que se fue, Lucio no advirtió la mancha de sangre creciente que floreció en el arropado pecho de la mujer.

—Dolores... ¡Estoy muriendo! Cuando él regrese, dile que lo quise mucho.

En ese duro trance recordó Esther las palabras de doña Laura —su madre— cuando fue violada por Gaviota en el comedor.

—¡Poséeme! ¡Desgárrame! Quiero que todo muera, ¿entendés? ¡Que todo muera y se aquiete...!

Y todo comenzó a aquietarse alrededor de Esther: como una llama que languidece, como una Navidad soterrada en la nieve del traspatio; bajo las ramas y sin campanas; ni estrellas ni trineos arrastrando al viejito Santaclos.

Las golondrinas arrojaron en las impostas de los arcos del corredor. Toña contrató unos mozos para que abrieran una zanja enorme en el jardín de los rosales. Un hedor sofocante a humanidad corrupta invadía los contornos.

—Son los rosales enfermos —explicó Toña Méndez a los obreros. Hieden como si fueran cadáveres y sus rosas no volverán...

Los hindúes, también

Por Ramón J. Sender

MADRID. — La moda de los satélites artificiales llega a todas partes, incluso a la India que parecía tener bastante con su sagrada trinidad de Brahma, Shiva y Visnú para entender todas las cosas. No sólo las del cielo sino las de la Tierra.

Los hindúes han puesto un satélite artificial en el cielo. Hay ya algunas docenas dando vueltas alrededor de nuestro anciano planeta y buscando información en nombre de Dios o del diablo. Hasta ahora tenían satélites con bandera propia los Estados Unidos, Rusia, China, Francia y el Japón. Cinco, el mismo número de los sentidos antiguos de percepción física. Ahora con la India son seis, el número moderno desde Einstein, que añadió el tiempo a la vista, el oído al olfato, el gusto y el tacto.

La India ha completado el número de las percepciones. El satélite hindú dicen que tiene treinta y cinco kilogramos de peso (77 libras), una altura o extensión de veintinueve metros (70 pies), cuatro pisos o estancias y combustible sólido. Esto último quiere decir que toma el oxígeno del aire y con él y algún material sólido de carbono produce ignición y energía eléctrica. Una vez fuera de la atmósfera y ya sin oxígeno generador el satélite es conducido alrededor de nuestra esfera por la gravedad-magnetismo universales.

De eso sabe más la trinidad Brahma, Shiva y Visnú que nosotros, spongo. También su hija, la Trinidad cristiana. Y antes de ellas Platón y Filón de Alejandria. Misterios clásicos y poéticos.

Poner en órbita un satélite da prestigio a una nación, aunque no tanto como debió darle a Brahma la puesta en órbita de esta Tierra de nuestros pecados, donde la vida de los pueblos y las naciones se convierte en una carrera de obstáculos y el que mejor los vence es el que gana.

¿Qué es lo que gana? Hasta ahora sólo un poco de publicidad (como las actrices de cine), y la posibilidad de envenenar la atmósfera de la nación rival y enemiga. La perspectiva no es muy alentadora ni plausible.

Pero hay que tener en cuenta el valor deportivo de la empresa. Hay que divertirse en la tierra o en el cielo. Y el satélite artificial hindú ha costado sólo veinticinco millones de dólares, es decir menos de lo que cuesta la construcción de un estadio de fútbol (rugby) en los países nórdicos. Veinticinco millones. Una cifra poco astronómica para un asteroide. El satélite hindú debe sentirse humillado entre los muchos que flotan en sus cercanías y que costaron tres o cuatro veces más.

La humanidad está disponiendo de las alturas ultraespaciales demasiado despreocupadamente. No hace mucho hablaba en estas columnas de la probabilidad de usar el “outer-space” como basurero a donde enviar los residuos que ensucian nuestra atmósfera, especialmente los de las industrias nucleares. Uno de los riesgos de esa empresa consiste en que a lo largo de un siglo el cielo entero quedaría, según dicen los sabios, totalmente cubierto de detritos y basuras giratorias y no veríamos el Sol de día ni la Luna de noche.

Claro es que la acción solar se produciría de un modo u otro, pero muy disminuida y la clorofila de los árboles y las plantas no funcionarían como ahora. En cuanto a la ausencia de la Luna, ¿a dónde iban a mirar los enamorados adolescentes desvelados?

Esperamos que los sabios hayan desistido de enviar los detritos al cielo. Además la cosa suena un poco a blasfemia, ¿no es verdad?

Hablando en serio podemos ver que la humanidad se conduce con más curiosidad que prudencia. De la curiosidad vienen a veces descubrimientos importantes, pero en la imprudencia hay peligros graves. Y entre el uranio, el plutonio y el cobalto esos peligros nos amenazan con la destrucción de la vida orgánica alrededor del planeta. Tal vez sólo sobrevivirían los grillos y las cucarachas que hacen sus viviendas debajo de la tierra.

Un planeta habitado por miles de millones de cucarachas y grillos no sería muy espectacular ni muy rico en artes o ciencias aunque cuando los grillos cantaran a coro sería notablemente vibratorio y sonoro. Los cuatro pilares de la realidad pecaminosa señalados en el Bhagavad-gita habrían desaparecido ya que los pecados de los coileopteros deben ser muy diferentes de los nuestros.

Tal vez algunas religiones hindúes aceptarían una solución como esa ya que rechazan por principio todos los placeres del cuerpo. Pero uno no ha llegado a esos extremos de purificación aunque muchos jóvenes en las ciudades de California o de las Islas Bermudas o en las colonias veraniegas del Mediterráneo canten eso de “Hare Rama, Rama, Rama”. Y hasta se visten de color azafrán y se afeitan la cabeza.

Los satélites hindúes deben tener en todo caso cualidades y aptitudes superiores a los rusos o americanos ya que fueron los primeros exploradores del cielo al menos del llamado cielo interior.

Pero no puede menos de extrañarnos que hayan entrado en la empresa de envilecer los espacios enviando a lo alto chatarra más o menos investigadora e informativa. ¿Que revelaciones pueden hacerlos que no se encuentren ya vivas hace siglos en nuestros presentimientos? La vida y la muerte lo son todo en nuestra realidad. Ciertamente hay también lo demás. Es decir que podemos hablar de la vida, la muerte y lo demás. Pero esto último lo tenían ya hace treinta siglos los macilentos hindúes sin necesidad de la ignición del carbono y el oxígeno ni del juguete de los veinticinco millones.

Filosofía, Arte y Letras